

Canon perpetuo

Mario Bellatin



El lector de las tres novelas reunidas en este volumen — *Efecto invernadero*, *Canon perpetuo* y *Damas chinas*— habrá de enfrentar el desafío que representa la insólita transparencia escritural con que han sido elaboradas. En ellas, Mario Bellatin construye mundos que gravitan en el vacío existencial, donde el libre albedrío de sus habitantes se encuentra en estado de sitio y la conmiseración humana es la flecha que no atina a dar en su blanco. Mundos regidos por una especie de nuevos pecados capitales, o acaso sólo transfiguraciones de éstos: la indolencia, la represión, la diferencia, el estigma: allí la imaginación, confinada al catálogo de las insurrecciones, se presenta como la única vía liberadora posible, aunque quienes la ejerzan sepan de antemano que nada ni nadie podrá ya salvarlos.

En *Canon perpetuo* Mario Bellatin nos muestra cómo el secreto de la realidad está más cerca de lo que creemos: iluminado por la luz de su propia apariencia.

Índice de contenido

Efecto invernadero

Canon perpetuo

Damas chinas

Sobre el autor

Efecto invernadero

Antonio es Dios

Revisando un cuaderno de ejercicios, cierto Profesor de Antonio encontró algunas indicaciones sobre la forma correcta de enterrar a un niño. Los apuntes hablaban de las flores adecuadas, de la necesidad de tener cerca los objetos amados y de las oraciones que sirven para acompañar los velorios. El profesor leyó la afirmación de que así como los niños tienen la obligación de obedecer y cumplir con los deberes, así también están forzados a entregar a los padres sus cuerpos muertos.

1

Poco antes de morir, Antonio decidió que la Amiga y el Amante fueran los únicos testigos de su agonía. Con el objeto de contar con la cercana presencia del Amante, hizo colocar un colchón a escasos centímetros de su cama. Para la Amiga acondicionó en la sala dos pequeños sofás, uno contra el otro. Atento a un Antonio confundido por el delirio, el Amante no pudo hacer más que pasar una toalla con alcohol por su frente. El médico que temprano llegó a la casa, aseguró que los síntomas del final eran evidentes. Antes de retirarse aconsejó que se emprendieran los trámites necesarios. El Amante mantuvo una actitud controlada, que la Amiga sabía no iba a sostener después de Antonio muerto. Du-

rante los últimos cuatro días no la había dejado atender el cuerpo enfermo. El Amante fue el encargado de limpiar la piel de Antonio con una esponja húmeda. Se movió en forma rápida entre la cama y el baño llevando de un lugar a otro el agua, las toallas y las ropas sucias. Luego de la partida del médico, la Amiga miró hacia la cama y no pudo establecer la diferencia entre el cuerpo yacente y el mismo cuerpo cuando no tuviera vida. El tránsito podía darse como un simple cambio de tonalidades. Iba a desaparecer el color y, entonces, el rostro y las manos se confundirían con lo blanco de las sábanas. Para no enfrentarse a las manifestaciones de esa muerte, la Amiga dejó al enfermo al total cuidado del Amante y salió de la casa. Dijo que iba a buscar el teléfono para llamar a la Madre. Aquella salida no fue más que una huida precipitada. Al cruzar la puerta de la calle no pensaba sólo en la promesa que le hiciera a Antonio, de avisar a la Madre y a la Protegida cuando sintiera la proximidad del fin, sino que estaba necesitando tocar una de las esculturas que se levantaban cerca a la casa de la Bajada.

2

En varios momentos de su vida, Antonio hizo diversas conjeturas acerca del día de su concepción. Pensaba que en esa oportunidad la Madre había dejado de lado el rechazo que le producía la intimidad con su marido y en un diván de cuero negro esperó nerviosa su llegada a la casa.

Bastó que supiera de las visitas clandestinas que el esposo hacía a otra mujer, para que le interesara recibirlo incluyendo la imaginada sombra de la querida. El habitual sentimiento de rechazo se transformó en una mezcla de deseo y sumisión. También en la persistente fantasía de los cuerpos entrelazados en la pieza anónima donde sospechaba se concertaban las citas. Luego de abandonar al marido, subió con rapidez a su dormitorio. Después de rebuscar en el ropero sacó al balcón todos los paños menstruales que encontró guardados. Les vació el contenido de la ronera con la que iluminaba a los santos de su devoción y prendió fuego mientras pedía perdón por comenzar a crear un ser regido por fuerzas oscuras. Tanto la gestación como el parto fueron normales. Es más, durante el embarazo sintió cierta tranquilidad que se inició después del pedido de absolución. Aquella calma tal vez tuvo su origen en la expectativa de librarse por un tiempo de las crisis menstruales que sufría regularmente. El niño pasó una infancia relativamente sosegada. Pero al cumplir los cinco años ese hijo comenzó a enfermar de manera misteriosa. Antonio se negó a mover un brazo. Los médicos se limitaron a decir que era un mal de carácter nervioso. Uno de esos doctores, que tenía como norma aquella teoría de que lo similar cura lo similar, tomó el caso a su cargo. Ordenó un tratamiento radical, durante el cual Antonio debía mantener el brazo sano atado con una cuerda. Además debía lavarse, vestirse y comer sin la ayuda de nadie. La Madre sabía que los sufrimientos del niño iban a aumentar al aplicar el tratamiento. Pero la seguridad con que fueron impartidas las indicaciones, le dieron la fe sufi-

ciente como para creer que era el único modo de hallar la curación. A pesar de su certeza, a las pocas semanas comenzó a avergonzarse frente a las demás madres, quienes se sorprendían al ver a ese niño tambaleándose o haciendo movimientos absurdos para llevarse las golosinas a la boca.

3

La casa de Antonio se mantuvo aislada los últimos cuatro días. La insistencia del Amante por cumplir las indicaciones del moribundo, hizo que las ventanas estuvieran cubiertas con paños negros. Los olores cotidianos se volvieron densos. Se mezclaron unos con otros y sin embargo cada uno mantuvo concentrado cierto olor rancio. De pronto, un sonido ronco que produjo la garganta de Antonio quebró lo pesado del ambiente. Asustado, el Amante abrió las puertas del dormitorio donde habían estado encerrados. Vio entonces una luz que provenía de la puerta de la calle, que la Amiga al salir había dejado entreabierta. La luz caía sobre el piso del vestíbulo y entraba acompañada de un soplo de aire. Cuando aquella claridad iluminó la habitación, los objetos comenzaron a confundirse unos con otros. Perdieron sus límites la silla de Viena, los frascos de medicina y las figuras de azúcar que Antonio había comprado durante cierto Día de Muertos. Se fusionaron la sábana y el pecho del enfermo, la cama y la palangana de fierro enlozado que se mantenía en un rincón. Pero el Amante no so-

portó que Antonio formara parte de los elementos del cuarto. Por eso le quitó las ropas, arrojó el cuerpo al piso y comenzó a flexionar sus brazos y sus piernas. También lo frotó con los puños para evitar que perdiera calor. Al ver que todo era inútil, corrió a la ventana y rasgó las telas que la cubrían. Antonio había planificado que la Madre lo descubriera rodeado por la silla de Viena, los zapatos amarillos manchados de barro y bajo el claroscuro ocasionado por los paños tapando la luz. La había imaginado entrando en la casa, seguida por la Protegida, para hallar el cuerpo en un estado previo al rigor mortis. Pero en su desesperación, el Amante en pocos minutos varió aquella escenografía. Primero descolgó la tela, luego borró el poema y tiró después con fuerza los frascos de medicina. Cuando finalmente llegó a la casa, la Madre se horrorizó al ver al Amante al lado del cuerpo de su hijo. La furia hizo que se atreviera a escupirlo en la espalda. El Amante tenía los ojos enrojecidos, la barba a medio crecer y mostraba los dedos sucios. La Madre lo persiguió y cerró la puerta una vez que lo vio salir de la casa. El cuerpo no estaba tibio ni envuelto en sábanas, como Antonio hubiera querido ser hallado, sino se encontraba rígido y luciendo la pierna y el brazo en extrañas posiciones. Disimulando su impresión, la Madre pidió ayuda a la Protegida para poner al hijo nuevamente en la cama. En ese momento la Protegida estaba preparándose para irse a escondidas y encontrarse afuera con el Amante. Pero al oír la voz de la Madre, supo que debía postergar su intención.

4

Una hora después de recibir la llamada de teléfono, la Madre entro con decisión a la casa para reclamar el cuerpo de Antonio. En ese instante reconoció la presencia de la Serpiente Antigua, que tanto le había impresionado cuando leía la Sagrada Biblia. Había llegado acompañada por la Protegida, quien de inmediato fue puesta de rodillas y obligada a murmurar una plegaria de resurrección. Cuando la Madre pasó al dormitorio vio que estaban desparramados los frascos de medicina y el azúcar con la que habían estado hechas las figuras. En aquel momento sintió la libertad de hacer lo que le pareciera con el cuerpo del hijo. La muerte se lo devolvía después de cincuenta y cinco años. Le entregaba un cuerpo deforme, ajado por el tiempo. Luego de tantos años tenía la Carne Muerta como Primera Inmundicia (Números 19, 13-22). A pesar de la diferencia entre el cuerpo que entregó y el que recuperaba, tuvo el placer de constatar el final de una penitencia a la que había sido sometida. La satisfacción que le produjo verse absuelta, estuvo debajo de la rudeza de carácter que mostró para llevar adelante ese trance. Con brusquedad separó al Amante del costado de Antonio. Lo humilló arrebatándole el cadáver que, con la ayuda de la Protegida, puso después encima de la cama. Una vez que el hijo estuvo lavado y vestido, la Madre le ordenó a la Protegida que fuera a llamar a los parientes. Luego comenzó a rezar

en voz alta. Usó letanías recopiladas y aprendidas con esmero para ser puestas en práctica solamente en esa ocasión. La Protegida aprovechó la entrega mística para salir a mirar al Amante. Lo hizo caminando ligeramente encorvada. Desde su llegada a la casa había empezado a sentir que la atmósfera le oprimía el pecho. Sufrió una creciente dificultad para respirar. Por eso, mientras la Madre rezaba, fue a la cocina para prepararse un vaso de agua con sal. Tomó un trago prolongado y después llevó el vaso hasta afuera. En la entrada estaba el Amante, ovillado detrás de los muebles de bambú. La Protegida lo tocó en el hombro y dijo que les pertenecía el espacio donde Antonio había creado sus pinturas. El Amante se incorporó y comenzó a seguir a la Protegida por un lado de la casa. En un extremo de la entrada existía un corredor estrecho donde estaban alineadas algunas puertas de madera. Una de ellas correspondía al taller de Antonio. El cuarto era grande. No tenía una buena iluminación. Sobre el piso se extendía una capa formada por el polvo de las pinturas, papeles desmenuzados y también virutas de madera. En nada se parecía a la sala de trabajo representada en las imágenes que Antonio siempre le regaló a la Protegida. Estampas que mostraban a San Jerónimo traduciendo la Sagrada Biblia. El taller contaba con un tragaluz pequeño por donde podía verse el cerro junto al cual la casa había sido construida. Abajo se extendía el mar formando una playa amplia. En más de una ocasión los vidrios de colores del tragaluz fueron rotos por piedras o bloques de tierra desprendidos. Antonio sabía que tarde o temprano el taller quedaría sepultado por un deslizamiento mayor. Repeti-

das veces había imaginado que un extraño miraba, a través de los barrotes del dintel, un interior totalmente destruido. Después de observar unos momentos, ese hombre caía y se lastimaba un pie. Antonio nunca pudo descifrar el origen ni significado de la aparición, que se repetía sobre todo cuando pasaba varias horas seguidas trabajando en su pintura.

5

La Protegida y el Amante encontraron sin llave la puerta del taller. Antes de entrar, la Protegida dijo que regresaría a la casa para recoger una jofaina y una jarra llena de agua. El hecho de ir por los artículos de limpieza, nada tenía que ver con la suciedad en los dedos del Amante. El agua tenía como único fin ser derramada por la cabeza y los hombros desnudos de la Protegida. Tumbado sobre unos lienzos que ya nunca serían utilizados, el Amante vio cómo la mujer después de volver se soltaba el pañuelo de su cabeza y se levantaba la falda delante de la jofaina que lucía diminutas flores en su borde. Contemplándola, el Amante fue pensando en las conductas condicionadas. Antonio le había descrito el rito que la Protegida le ofrendó cuando por primera vez se encontraron solos. Posteriormente, tanto Antonio como el Amante fueron testigos de las abluciones con las que iniciaba sus visitas nocturnas a la casa de la Bajada. Mientras el agua caía por el cabello negro, el Amante se preguntó las razones por las que ese cuerpo le era indiferente.

No se movió al sentir que era acariciado. Sabía que por más que se empecinara, esa mano iba a ser incapaz de transformar nada. Miró hacia abajo tratando de imaginar que él no era el hombre tendido. Quiso creer que eran otros el hombre y la mujer que se encontraban en una situación previa al erotismo. Recordó a una conocida que le permitía esconderse en una habitación aledañamientras recibía amantes ocasionales. Pero le fue imposible establecer algún vínculo entre las siluetas que espío en las sombras y la mujer con el cabello totalmente empapado que tenía delante. Al ver que todo esfuerzo era inútil, la Protegida se puso de pie para volver a agacharse y arrojar el agua que no había usado. El Amante se entretuvo viendo cómo el agua, al comenzar a correr, iba abriendo delgados surcos en el polvo de colores esparcido en el piso. La Protegida, con el rostro serio, extendió la falda con fuerza. Antes de salir y casi sin mirar al hombre, que se mantuvo en el suelo mojado, dijo que la fuerza del muerto le había negado la facultad de poseerla. Luego lo abandonó para cumplir la orden de congregarse a los parientes alrededor del cuerpo de Antonio.

6

Según Antonio, la Protegida era una joven que había desarrollado un asma persistente cuando la llevaron a vivir a la ciudad capital. Antonio notó que poseía el Estigma del Paria, que habría adquirido de los caminantes sin destino con los

que se cruzó mientras en su adolescencia deambulaba por los alrededores de su poblado. Su cabello era largo y lo más que la Madre pudo hacer en sus intentos de cortárselo fue lograr que lo escondiera debajo de un pañuelo. La Madre hubiera querido recortárselo a la manera de las recogidas en los hospicios de monjas. Después, con un método inspirado en las costumbres de Santa Rosa de Lima, encontró la forma de sacarle provecho al largo de ese cabello atándolo con un clavo a la pared para evitar que se durmiera sin terminar sus rezos. La Protegida vestía con discreción: una falda y una blusa que llevaba detrás de un delantal. Usaba unos zapatos gruesos, obsequiados por la Madre, cuyas suelas duraban muchos años. Por efecto de la dificultad para respirar, el pecho lucía enjuto y se le marcaban los bordes del esternón. Había aprendido a obedecer al instante las órdenes de la Madre, pero las cumplía distraídamente. Podía permanecer arrodillada y al mismo tiempo, por ejemplo, estar concentrada en el pequeño zorro que en su poblado acostumbraba mantener atado a una cuerda. En aquel tiempo le gustaba hacer largos paseos por los alrededores, donde muchas veces se encontraba con algún caminante por quien habitualmente se dejaba seducir. Esos hombres casi siempre la seguían hasta su casa. La familia tenía entonces que salir a esparitarlos y comprendía que por más que buscaran castigarla, la Protegida iba a continuar encontrándose con los caminantes o incluso con algunos vecinos del mismo poblado. Una carta enviada desde la ciudad cambió totalmente la situación. La Protegida era requerida para un trabajo como empleada doméstica. El día de la partida,